

POEMAS VITALES

JOSÉ
ASUNCIÓN
SILVA

BC
Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



POEMAS
VITALES

JOSÉ
ASUNCIÓN SILVA

BC

• literatura •

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Silva, José Asunción, 1865-1896

Poemas vitales [recurso electrónico] / José Asunción Silva ; [presentación, Piedad Bonnett]. -- 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo PDF (163 páginas). -- (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8827-76-6

1. Silva, José Asunción, 1865-1896 - Colecciones de escritos
2. Poesía colombiana - Siglo XIX I. Bonnett, Piedad, 1951- II. Título III. Serie

CDD: Co861.2 ed. 23

CO-BoBN- a974961



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

ISBN:
978-958-8827-76-6
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015

Presentación: © Piedad Bonnett

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-Compartirigual,
2.5 Colombia. Se puede consultar en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

ÍNDICE



José Asunción Silva
(1865-1896)

- PRESENTACIÓN 9

EL LIBRO DE VERSOS

- AL OÍDO DEL LECTOR 19

INFANCIA

- INFANCIA 23
- CRISÁLIDAS 26
- LOS MADEROS DE SAN JUAN 28
- CREPÚSCULO 31
- AL PIE DE LA ESTATUA 35

PÁGINAS SUYAS

- JUNTOS LOS DOS 51

NOCTURNOS

- A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE 55
- POETA, DI PASO 57
- UNA NOCHE 59

SITIOS

- LA VOZ DE LAS COSAS 65
- OBRA HUMANA 66
- ARS 67
- VEJECES 68

▪ RESURRECCIONES	71	▪ MADRIGAL	124
▪ MARIPOSAS	72	▪ ENFERMEDADES DE LA NIÑEZ	125
▪ NUPCIAL	74	▪ PSICOTERAPÉUTICA	126
▪ ?...	76	▪ FUTURA	127
▪ SERENATA	78	▪ ZOOSPERMOS	130
▪ TALLER MODERNO	80	▪ FILOSOFÍAS	134
▪ UN POEMA	81	▪ IDILIO	138
▪ MIDNIGHT DREAMS	84	▪ EGALITÉ	139
▪ PAISAJE TROPICAL	86	▪ RESURREXIT	141
		▪ NECEDAD YANQUI	142

CENIZAS

▪ LÁZARO	89
▪ LUZ DE LUNA	90
▪ MUERTOS	93
▪ TRISTE	95
▪ PSICOPATÍA	97
▪ DON JUAN DE COVADONGA	101
▪ DÍA DE DIFUNTOS	105
▪ LAS VOCES SILENCIOSAS	111

GOTAS AMARGAS

▪ AVANT-PROPOS	115
▪ EL MAL DEL SIGLO	117
▪ LA RESPUESTA DE LA TIERRA	118
▪ LENTES AJENOS	120
▪ CÁPSULAS	123

OTROS POEMAS

▪ SUSPIRO	145
▪ SUB-UMBRA	146
▪ LAS NOCHES DEL HOGAR	147
▪ ESTRELLAS FIJAS	149
▪ LA CALAVERA	150
▪ NOCTURNO	152
▪ A UN PESIMISTA	153
▪ ... ? ...	154
▪ FUTURO	155
▪ SINFONÍA COLOR DE FRESA CON LECHE	157
▪ CONVENIO	160
▪ CUANDO HAGAS UNA ESTROFA, HAZLA TAN RARA	162

▪ PRESENTACIÓN

Toda obra literaria debe sostenerse por sí misma, hasta el punto de poder prescindir, incluso, de quién fue su autor. Sin embargo, hay algunas que se iluminan y se vuelven más significativas cuando conocemos la vida y la muerte de quien las creó. Ese es el caso de José Asunción Silva, que se quitó la vida en 1886, a los treinta y un años, sin publicar aún ningún libro, pero dejando una producción poética que iba a revolucionar la poesía colombiana, partiéndola prácticamente en dos.

José Asunción fue, sin duda, un hombre que nunca terminó de encajar en su medio. Hijo de una familia adinerada y culta, gozó en su infancia de muchos privilegios, aunque sus biógrafos nos cuentan que tenía dificultades para socializar, y tal vez fue objeto de matoneo, como puede deducirse de que sus compañeros lo apodaron «el niño bonito»; mucho más tarde, cuando a los veintiún años llegó de Europa vestido con exquisitez y sofisticación de dandi, sus coterráneos le pusieron —probablemente no sin razón— el mote de «José Presunción», prueba de que la brecha seguía abierta. A esa edad ya había escrito Silva, sin

embargo, un número significativo de poemas que mostraban un talento y una sensibilidad extraordinarios, y en los que asoman ya las obsesiones que desarrollará más tarde, en su obra de plenitud: el gusto por lo vago, lo vaporoso; la conciencia fascinada de la muerte; el deslumbramiento por la naturaleza y los efectos de la luz y la sensualidad sin tapujos de la pasión amorosa, que se ve ya en el poema «Sub-Umbra», dedicado a Adriana de W., y escrito cuando apenas tiene quince años. El poema comienza así:

*Tú no lo sabes... más yo he soñado,
entre mis sueños color de armiño
horas de dicha con tus amores,
besos ardientes con tus suspiros.*

La desgracia empezó, sin embargo, a tocar a su puerta muy tempranamente: en 1878 muere su hermana Inés, de apenas seis años —otros dos hermanos suyos, varones, habían muerto también siendo niños— y un poco más tarde fallece su amigo Luis Alberto Vergara. El poeta va a demostrar entonces su capacidad de transmutar en belleza su dolor: dicen los críticos que el poema «Crisálidas», que aparece con fecha de 1883, aunque dedicado a Elvira, su hermana preferida y confidente, fue escrito en memoria de Inés, la niña muerta. Tenía José Asunción dieciocho años cuando lo escribió, y en él vemos un dominio perfecto de la musicalidad, y una sutileza y un poder metafórico admirables. En este poema la voz del poeta nos cuenta cómo, ya enferma, la niña trajo a casa una crisálida, que colocó cerca de su cama. Unos días después, a la hora

exacta de la muerte, la crisálida se rompe y todos ven cómo alza vuelo «una pequeña mariposa dorada». En la última estrofa Silva condensa, con tremenda maestría y poder de síntesis, la incertidumbre metafísica que le causa la muerte:

*La prisión, ya vacía, del insecto
busqué con vista rápida
y al verla vi de la difunta niña
la frente mustia y pálida
y pensé: si al romper su cárcel triste
la mariposa alada
la luz encuentra, y el espacio inmenso
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra
¿qué encontrarán las almas?*

El gran número de poemas anteriores al *Libro de versos* —lo mejor de su obra, escrito entre 1885 y 1895—, muestra que la pasión de Silva por la poesía era irreductible. Por tal razón, cuando en 1884 su tío abuelo Antonio María Fortoul financia su viaje a Europa, que era su gran sueño, su felicidad debió ser grande. Aunque se suponía que iba a cumplir algunas tareas encomendadas por su padre, que era hasta entonces un próspero comerciante dueño de un almacén de objetos de lujo, Silva dedica sus días en Francia, Suiza e Inglaterra a empaparse de las corrientes literarias y filosóficas en boga, a leer los autores recién descubiertos y a gozar del arte, la música y la arquitectura que en Bogotá jamás habría podido apreciar. En París, entre muchos otros escritores, leyó a Verlaine, a Rimbaud, a

Baudelaire y a Victor Hugo, y se familiarizó con la poética de los impresionistas y de los simbolistas, que iban a influirlo de manera definitiva. Y en Londres se enamoró de las lánguidas figuras de la pintura del prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti, tan afín a su propia sensibilidad, y también a su poesía.

Pasar de la deslumbrante París reformada por Haussmann, con sus amplios bulevares y su vida nocturna, a la mojigata y rutinaria Bogotá, debió ser duro para José Asunción. Había visto el mundo, ancho y ajeno, y volvía a la aldea parroquial que pinta, indirectamente, en su poema «Día de difuntos»:

*La luz vaga... opaco el día,
la llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía...*

Y, para colmo de males, grandes tristezas lo esperaban: su generoso tío había muerto durante su estancia europea, y su padre, don Ricardo Silva, iba a morir un año después, dejando el negocio en bancarrota. Quizá le sirviera de consuelo la compañía de los pocos amigos que tenía, entre los que se contaba Baldomero Sanín Cano, un intelectual a carta cabal, como Silva, que se hizo su íntimo amigo. Publicaciones sueltas de algunos de sus poemas, por fortuna, no le faltaron. En el periódico de un amigo publicó «A un pesimista» y en *El Telegrama* su poema «Futuro». Comienza a escribir su novela *De sobremesa*. Batalla, mientras tanto, con la difícil situación económica, y es fácil comprender lo que era para aquella alma sensible y apasionada

tener que dedicar buena parte de sus energías a enfrentar a sus acreedores y a tratar de sostener, como hombre de la casa, el hogar huérfano de padre. En 1891 muere su hermana Elvira, que era su adoración. Cuentan que Silva no pudo levantarse de su cama durante días. La situación económica se agrava aún más. A pesar de las adversidades, José Asunción persevera en escribir *El libro de versos*, en el que despliega su poética de lo evanescente, lo sugerido, lo apenas dicho, la contención sentimental, la sensualidad y la musicalidad llena de matices que va a ser propia del modernismo. A ese libro pertenecen los que conocemos como nocturnos, «Di paso» y otro puñado de poemas que han sido considerados por los lectores como lo mejor de su obra y el inicio de la poesía modernista en Colombia. Paralelamente escribe sus *Gotas amargas* —donde expresa, con humor e ironía, su desencanto del mundo pragmático que resulta del racionalismo y el cientificismo que se afirma en el fin del siglo XIX— y los que han sido nombrados como *Poemas de la carne*, entre los que se cuenta «Madrigal»:

*Tu tez rosada y pura; tus formas gráciles
de estatua de Tanagra; tu olor de lilas;
el carmín de tu boca de labios tersos;
las miradas ardientes de tus pupilas;
el ritmo de tu paso; tu voz velada;
tus cabellos que suelen, si los despeina
tu mano blanca y fina, toda hoyuelada,
cubrirte con un rico manto de reina;
tu voz, tus ademanes, tu... no te asombre:
todo eso está, y a gritos, pidiendo un hombre.*

Dado que su situación económica no mejora, en 1894 José Asunción emprende viaje a Caracas, donde ha sido nombrado secretario de la legación colombiana por Miguel Antonio Caro. Sabemos que allí se aburre del ambiente y del trabajo que le ha sido asignado, y que se dedica a escribir apasionadamente y a terminar su novela. Pero un sino trágico parece acompañarlo: en enero del año siguiente, cuando regresa a Colombia para disfrutar de una licencia, naufraga el *Amérique*, barco en el que viajaba, y Silva pierde todos sus manuscritos. Es fácil imaginarse lo que esto significó para un hombre que sólo encontraba sentido en su oficio. Su vida parece nublarse, ahora sí, definitivamente. Con la esperanza de crearse, por fin, una seguridad económica, se lanza a la aventura de montar una fábrica de baldosines, que fracasa de manera estruendosa y lo enfrenta de nuevo a los acreedores, y a cincuenta y dos ejecuciones judiciales. El 23 de mayo, le pide al médico Juan Evangelista Manrique que le muestre el sitio exacto del corazón y el 24 en la mañana lo encuentran sin vida, con un orificio de bala en el pecho. Su cuerpo es enterrado en el cementerio destinado a los suicidas. Un periódico que anunció su muerte añadió: «parece que escribía versos».

Imposible no pensar, repasando su triste final, en su poema «Cápsulas», donde satiriza las desgracias de «el pobre Juan de Dios», que termina así:

*Luego, desencantado de la vida,
filósofo sutil,
a Leopardi leyó y a Schopenhauer,
y en un rato de spleen*

*se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil.*

Las palabras de la crítica Selena Millares definen muy bien a José Asunción en el contexto que le tocó vivir: «Silva es en definitiva un marginal, que en su autodesierto no admite etiquetas y se hace voz de la conciencia de un fin de siglo agónico». Una conciencia trágica que, aunque vencida por la chatura de su entorno, fue capaz de derrotar el olvido con la belleza de su poesía.

PIEDAD BONNETT



EL LIBRO DE VERSOS

▪ AL OÍDO DEL LECTOR

No fue pasión aquello,
fue una ternura vaga...
lo que inspiran los niños enfermizos,
los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu solo
al conmoveerse canta:
cuando el amor lo agita poderoso
tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido,
en verdad; estas páginas
en otro tiempo más feliz escritas
no tuvieran estrofas sino lágrimas.



INFANCIA

▪ INFANCIA

*Esos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera.*

G. G. G.

Con el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan a las almas cariñosas
cual bandadas de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses, Gulliver gigante
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos
donde la idea brilla,
de la maestra la cansada mano,
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,

donde el esbozo de un bosquejo vago,
fruto de instantes de infantil despecho,
las separadas letras juntas puso
bajo la sombra de impasible techo.

En las alas de la brisa
del luminoso agosto, blanca, inquieta
a la región de las errantes nubes,
hacer que se levante la cometa
en húmeda mañana,
con el vestido nuevo hecho jirones,
en las ramas gomosas del cerezo
el nido sorprender de copetones;
escuchar de la abuela
las sencillas historias peregrinas;
perseguir las errantes golondrinas,
abandonar la escuela
y organizar horrorísona batalla
en donde hacen las piedras de metralla
y el ajado pañuelo de bandera;
componer el pesebre
de los silos del monte levantados;
tras el largo paseo bullicioso
traer la grama leve,
los corales, el musgo codiciado,
y en extraños paisajes peregrinos
y perspectivas nunca imaginadas,
hacer de áureas arenas los caminos
y de talco brillante las cascadas.

Los Reyes colocar en la colina
y colgada del techo
la estrella que sus pasos encamina,
y en el portal el Niño-Dios riente
sobre mullido lecho
de musgo gris y verdecino helecho.

¡Alma blanca, mejillas sonrosadas,
cutis de níveo armiño,
cabellera de oro,
ojos vivos de plácidas miradas,
cuán bello hacéis al inocente niño!...

Infancia, valle ameno,
de calma y de frescura bendecida
donde es süave el rayo
del sol que abrasa el resto de la vida.
¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
cómo tus breves dichas transitorias,
cómo es de dulce en horas de amargura
dirigir al pasado la mirada
y evocar tus memorias!

▪ CRISÁLIDAS

Cuando enferma la niña todavía
salió cierta mañana
y recorrió, con inseguro paso,
la vecina montaña,
trajo entre un ramo de silvestres flores
oculta una crisálida,
que en su aposento colocó, muy cerca
de la camita blanca.

.....

Unos días después, en el momento
en que ella espiraba,
y todos la veían, con los ojos
nublados por las lágrimas,
en el instante en que murió, sentimos
leve rumor de alas
y vimos escapar, tender el vuelo
por la antigua ventana

que da sobre el jardín, una pequeña
mariposa dorada...

.....

La prisión, ya vacía, del insecto
busqué con vista rápida;
al verla vi de la difunta niña
la frente mustia y pálida,
Y pensé ¿si al dejar su cárcel triste
la mariposa alada,
la luz encuentra y el espacio inmenso,
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra
qué encontrarán las almas?...

▪ LOS MADEROS DE SAN JUAN

¡Aserrín!

¡Aserrín!

¡Aserrán!

Los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfandoque,
los de Rique
alfeñique
¡Los de triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela,
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos agitados y trémulos están,
la abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

Los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan.
¡Triqui, triqui,
triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de sufrimientos largos y silenciosa angustia
y sus cabellos blancos como la nieve están.
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que, ha tiempos, las formas reflejaron
de cosas y de seres que nunca volverán.

Los de Roque, alfandoque
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están
del nieto a la memoria, con grave son que encierra
todo el poema triste de la remota infancia
cruzando por las sombras del tiempo y la distancia
de aquella voz querida las notas vibrarán...

Los de Rique, alfeñique
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño

y ambos conmovidos y trémulos están,
la Abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!

¡Aserrán!

Los maderos de San Juan

piden queso, piden pan,

los de Roque

alfandoque

los de Rique

alfeñique

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

▪ CREPÚSCULO

Junto a la cuna aún no está encendida
la lámpara tibia, que alegra y reposa,
y se filtra opaca, por entre cortinas
de la tarde triste la luz azulosa.

Los niños cansados suspenden los juegos,
de la calle vienen extraños ruidos,
en estos momentos, en todos los cuartos,
se van despertando los duendes dormidos.

La sombra que sube por los cortinajes,
para los hermosos oyentes pueriles,
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles.

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes e ignotas,
que por los rincones oscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas,
y el Lobo que marcha con Caperucita.

Y, ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,
a escape tendido va el Príncipe Rubio
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.

.....

Del infantil grupo se levanta leve
argentada y pura, una vocecilla
que comienza: «Entonces se fueron al baile
y dejaron sola a Cenicientilla!

Se quedó la pobre triste en la cocina,
de llanto, de pena nublados los ojos,
mirando los juegos extraños que hacían
en las sombras negras los carbones rojos.

Pero vino el Hada que era su madrina,
le trajo un vestido de encaje y crespones,
le hizo un coche de oro de una calabaza,
convirtió en caballos unos seis ratones,

le dio un ramo enorme de magnolias húmedas,
unos zapaticos de vidrio, brillantes,

y de un solo golpe de la vara mágica
las cenizas grises convirtió en diamantes!».

.....

Con atento oído las niñas la escuchan,
las muñecas duermen en la blanda alfombra
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra.

.....

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,
llenos de paisajes y de sugerencias
que abris a lo lejos, amplias perspectivas,
a las infantiles imaginaciones!

Cuentos que nacisteis en ignotos tiempos,
y que vais, volando, por entre lo oscuro,
desde los potentes Aryas primitivos,
hasta las enclenques razas del futuro.

Cuentos que repiten sencillas nodrizas
muy paso, a los niños, cuando no se duermen,
y que en sí atesoran del sueño poético
el íntimo encanto, la esencia y el germen.

Cuentos más durables que las convicciones
de graves filósofos y sabias escuelas,
y que rodeasteis con vuestras ficciones,
las cunas doradas de las bisabuelas.

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas
que pobláis los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca, con hondo cariño!

▪ AL PIE DE LA ESTATUA

A Caracas

Con majestad de semidiós, cansado
por un combate rudo,
y expresión de mortal melancolía
álzase el bronce mudo
que el embate del tiempo desafía,
sobre marmóreo pedestal que ostenta
de las libres naciones el escudo
y las batallas formidables cuenta;
y su perfil severo,
que del sol baña la naciente gloria,
parece dorminar desde la altura
el horizonte inmenso de la historia.
Un mundo de nobleza se adivina
en la grave expresión de la escultura
que el triunfador acero a tierra inclina
con noble y melancólica postura,
y tiene el monumento soberano
alzado de los hombres para ejemplo,
lo triste de una tumba —do no llega

el vocerío del tumulto humano—
y la solemne majestad de un templo.
Amplio jardín florido lo circunda
y se extiende a sus pies, donde la brisa
que entre las flores pasa
con los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y, do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil juega y se pierde
y del lugar la soledad alegre
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua,
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.
Nada la escena dice
al que pasa a su lado indiferente
sin que la poëtica
en su alma el patrio sentimiento...

Fija

en ella sus miradas el poeta,
con quien conversa el alma de las cosas,
en son que lo fascina,
para quien tienen una voz secreta,
las leves lamas grises y verdosas
que al brotar en la estatua alabastrina
del beso de los siglos son señales,
y a quien narran leyendas misteriosas
las sombras de las viejas catedrales.
Y al ver el bronce austero
que sobre el alto pedestal evoca
al héroe invicto de la magna lucha,
una voz misteriosa que lo toca
en lo más hondo de su ser escucha
y en el amplio jardín detiene el paso.
Dice la voz de la ignorada boca
que en el fondo del alma le habla paso:
«¡Oh, mira el bronce, mira,
cuál se alza, en el íntimo reposo
de la materia inerte,
y qué solemne majestad respira
la estatua del coloso
vencedora del tiempo y de la muerte.
Que resuene tu lira
para decir que el viento de los siglos,
que al soplar al través de las edades,
va tornando en pavesas

tronos, imperios, pueblos y ciudades,
se trueca en brisa mansa
cuando su frente pensativa besa!

«En la feraz llanura
vivió feliz el indio, cuya seca
momia por mano amiga sepultada,
duerme en el fondo de la cripta hueca
ha siglos olvidada.
A la orilla del lago
en donde el agua, cuando el sol se oculta
forja un paisaje tenebroso y vago,
ha siglos vino hispano aventurero
atravesando la maleza inculta
a abreviar el ligero
corcel, cansado del penoso viaje,
¡cuyas recias pisadas despertaron
los dormidos murmullos del follaje!
«¡Como sombras pasaron!
¿Quién sus nombres conserva en la memoria?
¡Cómo escapa, perdido,
de las hondas tinieblas del olvido
un pueblo al veredicto de la historia!
¡Cuántas generaciones olvidadas,
hoy en las sombras de lo ignoto duermen,
a la fecunda tierra entremezcladas,
do el humus yace y se dilata el germen,
que no dejaron al pasar más huellas,

con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
que la que deja el pájaro que cruza
el azul transparente de los cielos!

«¡Cuántas! ¡Y en cambio, escucha:
¡una sola, una sola
generación se engrandeció en la lucha
que redimió a la América Española!
¡Y legó a los poetas del futuro,
más nombres que cantar, más heroísmos
que narrar a las gentes venideras,
que astros guarda el espacio en sus abismos
y conchas tiene el mar en sus riberas!

«Cuenta la grande hazaña
de aquella juventud que decidida
en guerra abierta con la madre España
ofrendó sangre, bienestar y vida;
canta las rudas épocas guerreras,
de luchas, los potentes paladines
de cuerpos de titán y almas enteras,
que de América esclava los confines,
desplegadas al aire las banderas,
y al rudo galopar de sus bridones,
recorrieron, llamando a las naciones
con el bélico son de sus clarines.
Y en la oda potente
que en sus estrofas sonoras cuente

el esfuerzo tenaz, la lidia dura,
que dieron libertad a un continente
y al hispano dominio sepultura,
haz surgir la figura
del Padre de la Patria, cuyas huellas,
irradian del pasado
en el fondo sombrío,
¡como en las noches plácidas y bellas
Júpiter coronado de centellas,
hace palidecer en el vacío
la lumbre sideral de las estrellas!

«No lo evoque tu acento,
cuando el designio soberano toma
de redimir la América oprimida,
en la hora sublime y taciturna
en que pronuncia el grave juramento
de la cesárea Roma
en la desierta soledad nocturna;
no, cuando en el fragor de la batalla,
en sus ojos la idea,
con eléctrico brillo centellea,
mientras que la metralla
y el bronco resonar de los cañones
y el ímpetu de rayo
de los americanos batallones,
pavor y angustia extrema
siembran en los deshechos escuadrones
de los nietos del Cid y de Pelayo;

no, cuando la Victoria,
como mujer enamorada sigue
el paso audaz de su corcel fogoso
que va a beber del Rímac en las ondas,
y se le entrega loca y lo persigue;
no, cuando brinda opima
cosecha de placeres soberanos,
a sus sentidos la opulenta Lima,
ni cuando el gran concierto
de un continente, Padre le proclama
y “árbitro de la paz y de la guerra”
y su nombre la Fama
esparce a los confines de la tierra;
no, no le cantes en las horas buenas
en que, unido a los vítores triunfales,
vibró en su oído el son de las cadenas,
que rompió, de los tiempos coloniales:
cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
en que sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta,
y una lágrima viene a sus pupilas,
y la voz se le anuda en la garganta,
y recobrando brío,
y dominando el cuerpo que estremece
de la fiebre el sutil escalofrío,
grita “Triunfar”.

Y la tristeza exalta

de tenebrosa noche de septiembre
cuyos negros recuerdos nos oprimen,
en que la turba su morada asalta,
y femenil amor evita el crimen
infando... Y luego cuenta
las graves decepciones
que aniquilan su ser, las pequeñeces
de míseras pasiones,
que, por el campo en que soñó, abundante,
cosecha ver, de sazonadas mieses,
van extendiendo míseras raíces,
en torno, cual la yerba
que el vigor de los gérmenes enerva
y mata, al envolverlos en sus lazos.
Di su sueño más grande hecho pedazos.
¡Di el horror suicida
de la primer contienda fratricida,
en que, perdidos los ensueños grandes
de planes soberanos,
las colosales gradas de los Andes
moja sangre de hermanos!
¡Oh!, di cuando clarea
el misterioso panorama oscuro
que ofrece a sus miradas el futuro,
y con sus ojos de águila sondea
hasta el fin de los tiempos, y adivina
el porvenir de luchas y de horrores
que le aguarda a la América Latina.
¡Di las melancolías

de sus últimos días
cuando a la orilla de la mar, a solas
sus tristezas profundas acompaña
el tumulto verdoso de las olas;
cuenta sus postrimeras agonías!
«Otros canten el néctar
que su labio libó: di tú las hieles;
tú que sabes la magia soberana
que tienen las ruinas
y al placer huyes y su pompa vana,
y en la tristeza complacerte sueles;
di en tus versos, con frases peregrinas
la corona de espinas
que colocó la ingratitud humana
en su frente, ceñida de laureles.
Y haz el poema sabio
lleno de misteriosas armonías,
tal que al decirlo, purifique el labio
como el carbón ardiente de Isaías;
¡hazlo un grano de incienso
que arda, en desagravio
a su grandeza, que a la tierra asombra,
y al levantarse al cielo un humo denso
trueque en sonrisa blanda
el ceño grave de su augusta sombra!

«Deja que, al conmovearse cada fibra
de tu ser, con las glorias que recuerdas,
en ella vibre un canto, como vibra

una nota melódica en las cuerdas
del teclado sonoro;
la débil voz levanta:
inmensa multitud formará el coro;
¡flota en la luz del sol, estrofa santa!
¡Vibrad, liras sonoras del espíritu!
¡Álzate, inspiración; poeta, canta!...».

«¡Oh no!, cuanto pudiera
(así en interno diálogo responde
del poeta la voz), el bronce augusto
sugerir de emoción grave y sincera,
escrito está en la forma
que en clásico decir buscó su norma,
por quien bebió en la vena
de la robusta inspiración latina,
y apartando la arena
tomó el oro más puro de la mina
y lo fundió con cariñoso esmero,
y en estrofas pulidas cual medallas
grabó el perfil del ínclito guerrero...
«¡Oh recuerdos de trágicas batallas!
¡Oh recuerdos de luchas y victorias!
¡No será nuestra enclenque
generación menguada
la que entrar ose al épico palenque
a cantar nuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
te falta el sentimiento de lo grande!

Calla el poeta, y si la estrofa escande
huye la vasta pompa
¡y le da blando son de bandolinas
y no tañido de guerrera trompa!

«¡Oh sacrosantos manes
de los que “Patria y Libertad” clamando
perecisteis en trágicas palestras:
¡más bien que orgullo, humillación sentimos
si vamos comparando
nuestras vidas triviales con las vuestras!
Somos como enfermizo descendiente
de alguna fuerte raza,
que expuestos en histórica vitrina
mira el escudo, el yelmo, la tizona
y la férrea coraza
que para combatir de Palestina
en la distante zona,
en la Cruzada, se ciñó el abuelo;
al pensar, baja la mirada al suelo,
con vergüenza sombría,
que si el arnés pesado revistiera
de aquel cuya firmeza y bizarría
en el campo feral causaba asombros,
bajo su grave peso cedería
la escasa resistencia de sus hombros...

«¡Oh Padre de la Patria!
Te sobran nuestros cantos; tu memoria

cual bajel poderoso,
irá surcando el oceano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará a las playas del futuro.
Junto a lo perdurable de tu gloria,
es el rítmico acento
de los que te cantamos,
cual los débiles gritos de contento
que lanzan esos niños, cuando en torno
giran del monumento;
mañana, tras la vida borrascosa,
dormirán en la tumba hechos ceniza,
y aun alzará a los cielos su contorno
el bronce que tu gloria inmortaliza.

Dice el poeta, y tiende la mirada,
por el amplio jardín, donde la brisa
que entre las flores pasa,
en los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y, do, bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil grita y se pierde
y la tristeza del lugar alegre
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,

con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua
al pie del pedestal, donde imponente
se alza el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.



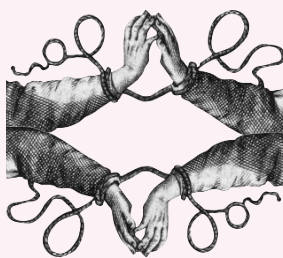
PÁGINAS SUYAS

▪ JUNTOS LOS DOS

Juntos los dos reímos cierto día...
¡Ay, y reímos tanto
que toda aquella risa bulliciosa
se tornó pronto en llanto!

Después, juntos los dos, alguna noche,
¡reímos mucho, tanto,
que quedó como huella de las lágrimas
un misterioso encanto!

Nacen hondos suspiros de la orgía
entre las copas cálidas
y en el agua salobre de los mares
se forjan perlas pálidas.



NOCTURNOS

▪ A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE

A veces, cuando en alta noche tranquila,
sobre las teclas vuela tu mano blanca,
como una mariposa sobre una lila
y al teclado sonoro notas arranca,
cruzando del espacio la negra sombra
filtran por la ventana rayos de luna,
que trazan luces largas sobre la alfombra,
y en alas de las notas a otros lugares,
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares,
y en gótico castillo donde en las piedras
musgosas por los siglos, crecen las yedras,
puestos de codos ambos en tu ventana
miramos en las sombras morir el día
y subir de los valles la noche umbría;
y soy tu paje rubio, mi castellana,
y cuando en los espacios la noche cierra,
el fuego de tu estancia los muebles dora,

¡y los dos nos miramos y sonreímos
mientras que el viento afuera suspira y llora!

.....

¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,
cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

▪ POETA, DI PASO

¡Poeta!, di paso
¡Los furtivos besos!...

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo..., temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso,
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda...
La selva negra y mística fue la alcoba sombría...

En aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día,
entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

¡Poeta, di paso
los íntimos besos!

¡Ah, de las noches dulces me acuerdo todavía!
En señorial alcoba, do la tapicería

amortiguaba el ruido con sus hilos espesos
desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía
tus frescuras de virgen y tu olor de reseda...
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería.

¡Poeta, di paso
el último beso!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
El ataúd heráldico en el salón yacía,
mi oído fatigado por vigiliyas y excesos,
sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,
la llama de los cirios temblaba y se movía,
perfumaba la atmósfera un olor de reseda,
un crucifijo pálido los brazos extendía
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!

▪ UNA NOCHE

Una noche
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de
[músicas de alas,
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las
[luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mi ceñida, toda,
muda y pálida
como si un presentimiento de amarguras infinitas,
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminabas,
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz
[blanca,
y tu sombra
fina y lánguida,
y mi sombra

por los rayos de la luna proyectada
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban
y eran una
y eran una
¡y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!
¡Y eran una sola sombra larga!

Esta noche
solo, el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la
[distancia,
por el infinito negro,
donde nuestra voz no alcanza,
solo y mudo
por la senda caminaba,
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida
y el chillido
de las ranas,
sentí frío, era el frío que tenían en la alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
¡entre las blancuras níveas
de las mortüorias sábanas!
Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
era el frío de la nada...
y mi sombra

por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola
¡iba sola por la estepa solitaria!
Y tu sombra esbelta y ágil
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de perfumes, de murmullos y de
[músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches de
[negruras y de lágrimas!...



SITIOS

▪ LA VOZ DE LAS COSAS

Si os encerrara yo en mis estrofas,
frágiles cosas que sonreís,
Pálido lirio que te deshojas,
rayo de luna sobre el tapiz
de húmedas flores, y verdes hojas
que al tibio soplo de mayo abrís,
¡si os encerrara yo en mis estrofas,
pálidas cosas que sonreís!

Si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis,
móviles formas del Universo,
sueños confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dais,
¡si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis!

▪ OBRA HUMANA

En lo profundo de la selva añosa
donde una noche, al comenzar de mayo,
tocó en la vieja enredadera hojosa
de la pálida luna el primer rayo.

Pocos meses después la luz de aurora,
del gas en la estación, iluminaba
el paso de la audaz locomotora,
que en el carril durísimo cruzaba.

Y en donde fuera en otro tiempo el nido,
albergue muelle del alado enjambre,
pasó por el espacio un escondido
telegrama de amor, por el alambre.

▪ ARS

El verso es vaso santo. Poned en él tan sólo,
un pensamiento puro,
¡en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro!

Allí verted las flores que en la continua lucha,
ajó del mundo el frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
y nardos empapados en gotas de rocío

para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota,
¡quemándose en el fuego del alma enternecida
de aquel supremo bálsamo basta una sola gota!

▪ VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd, y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;
cincelado puñal; carta borrosa,
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el líquen verde;

misales de las viejas sacristías;
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca, en un tiempo de ducados llena,
crucifijo que tanto moribundo,
humedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba; alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla sola;
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola;
mayúsculas del viejo pergamino;
batista tenue que a vainilla hueles;
seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles;
arpa olvidada que al sonar, te quejas;
barrotes que formáis un monograma
incomprensible en las antiguas rejas,
¡el vulgo os huye, el soñador os ama,
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!
El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores,
¡por eso a los poetas soñadores,
les son dulces, gratisimas y caras,

las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugerencias místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

▪ RESURRECCIONES

Como naturaleza,
cuna y sepulcro eterno de las cosas,
el alma humana tiene ocultas fuerzas,
silencios, luces, músicas y sombras

sobre una eterna esencia
pasos inestables de caducas formas
y senos ignorados
de la vida y la muerte se eslabonan.

Nacen follajes húmedos
de cuerpos descompuestos en las fosas,
adoraciones nuevas
de los altares en las aras rotas.

▪ MARIPOSAS

En tu aposento tienes,
en urna frágil,
clavadas mariposas
que, si brillante,
rayo de sol las toca
parecen nácares
o pedazos de cielo,
cielos de tarde,
o brillos opalinos
de alas süaves;
y allí están las azules
hijas del aire
fijas ya para siempre,
las alas ágiles,
las alas, peregrinas
de ignotos valles
que como los deseos
de tu alma amante

a la aurora parecen
resucitarse,
cuando de tus ventanas
las hojas abres
y da el sol en tus ojos
y en los cristales.

▪ NUPCIAL

Como una flor rosada, la novia, bajo el diáfano
cendal que al pelo rubio sujeta la corona,
frente al altar solemne y entre el incienso místico
a las delicias íntimas de un sueño se abandona
y al novio que la mira, no puede sonreír,

y la esperanza
de besos puros,
que a los futuros
días la avanza
y la hace huir
a las fantásticas
horas cercanas,
¡vibra en las músicas
de las campanas!

Entre las copas frágiles expira la champaña,
en la enervante atmósfera flota un olor de fiesta,
el vals ondula y bulle, y agítanse las últimas

parejas a los sones lejanos de la orquesta,
¡el nupcial cortejo se aleja y va a partir!

Y la importuna
melancolía
del muerto día
que hace la luna,
lenta surgir
del cielo pálido
por los confines
¡vibra en las músicas
de los violines!

■ ? . . .

Estrellas que entre lo sombrío,
de lo ignorado y de lo inmenso,
asemejáis en el vacío,
jirones pálidos de incienso,

nebulosas que ardéis tan lejos
en el infinito que aterra
que sólo alcanzan los reflejos
de vuestra luz hasta la tierra,

astros que en abismos ignotos
derramáis resplandores vagos,
constelaciones que en remotos
tiempos adoraron los Magos,

millones de mundos lejanos,
flores de fantástico broche,
islas claras en los oceanos,
sin fin, ni fondo de la noche,

¡estrellas, luces pensativas!
¡Estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas
y por qué alumbráis si estáis muertas?...

▪ SERENATA

La calle está desierta; la noche fría;
velada por las nubes pasa la luna;
arriba está cerrada la celosía,
y las notas vibrantes, una por una,
suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,
mientras la voz que canta, ternuras narra,
hacen que vibren las cuerdas frágiles
de la guitarra.

La calle está desierta; la noche fría;
una nube borrosa tapó la luna;
arriba está cerrada la celosía
y se apagan las notas, una por una.
Tal vez la serenata con su ruido
busca un alma de niña que ama y espera,
como buscan alares dónde hacer nido
las golondrinas pardas en primavera.

La calle está desierta; la noche fría;
en un espacio claro brilló la luna;

arriba ya está abierta la celosía
y se apagan las notas una por una.
El cantor con los dedos fuertes y ágiles,
de la vieja ventana se asió a la barra
y dan como un gemido las cuerdas frágiles
de la guitarra.

▪ TALLER MODERNO

Por el aire del cuarto, saturado
de un olor de vejece peregrino,
del crepúsculo el rayo vespertino
va a desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete al lado
y de un busto del Dante el perfil fino,
del arabesco azul de un jarrón chino,
medio oculta el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura,
hay un viejo retablo, donde inquieta,
brilla la luz del marco en la moldura,

y parecen clamar por un poeta
que improvise del cuarto la pintura
las manchas de color de la paleta.

▪ UN POEMA

Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y nueva obra audaz y suprema,

escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose,

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
unos cual choques de armas, otros cual cantos de aves,

de Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles,

abriéndose ancho paso por entre aquella grey,
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

y allí cantaron todos... Entre la algarabía,
me fascinó el espíritu, por su coquetería

alguna estrofa aguda que excitó mi deseo,
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... Por regalo nupcial
le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil,

era la historia triste, desprestigiada y cierta
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta,

y para que sintieran la amargura, exprofeso,
junté sílabas dulces como el sabor de un beso,

bordé las frases de oro, les di música extraña
como de mandolinas que un laúd acompaña,

dejé en una luz vaga las hondas lejanías
llenas de nieblas húmedas y de melancolías,

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo,

cruzar hice en el fondo las vagas sugerencias
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les di olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo...,
y lo leyó seis veces y me dijo... ¡No entiendo!

▪ MIDNIGHT DREAMS

Anoche, estando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.

Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades que nunca han sido mías

se fueron acercando en lentas procesiones
y de la alcoba oscura poblaron los rincones,

hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndola detúvose al momento.

La fragancia indecisa de un olor olvidado,
llegó como un fantasma y me habló del pasado.

Vi caras que la tumba desde hace tiempo esconde,
y oí voces oídas ya no recuerdo dónde.

.....

Los sueños se acercaron y me vieron dormido,
se fueron alejando, sin hacerme ruido

y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra,
y fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra.

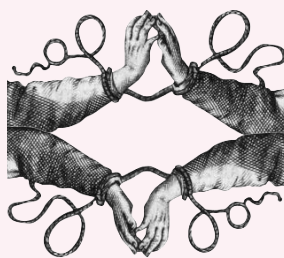
▪ PAISAJE TROPICAL

Magia adormecedora vierte el río
en la calma monótona del viaje,
cuando borra los lejos del paisaje
la sombra que se extiende en el vacío.

Oculto en sus negruras el bohío
la maraña tupida y el follaje
semeja los calados de un encaje
al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro,
la corriente dormida una piragua
rompe en su viaje rápido y seguro

y con sus nubes el poniente fragua
otro cielo rosado y verdeoscuro
en los espejos húmedos del agua.



CENIZAS

▪ LÁZARO

¡Ven, Lázaro! —gritóle
el Salvador, y del sepulcro negro
el cadáver alzóse entre el sudario,
ensayó caminar, a pasos trémulos,
olió, palpó, miró, sintió, dio un grito
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del crepúsculo oscuro, en el silencio
del lugar y la hora, entre las tumbas
de antiguo cementerio
Lázaro estaba, sollozando a solas
y envidiando a los muertos.

▪ LUZ DE LUNA

Ella estaba con él... a su frente
pensativa y pálida,
penetrando al través de las rejas
de la antigua ventana
de la luna naciente venían
los rayos de plata,
él estaba a sus pies, de rodillas,
perdido en las vagas
visiones que cruzan en horas felices
¡los cielos del alma!
Con las trémulas manos asidas,
con el mudo fervor de los que aman,
palpitando en los labios los besos,
entrambos hablaban
el lenguaje mudo
sin voz ni palabras
que en momentos de dicha suprema,
tembloroso el espíritu habla...

.....

El silencio que crece... la brisa
que besa las ramas,
dos seres que tiemblan, la luz de la luna
que el paisaje baña,
¡amor, un instante detén allí el vuelo,
murmura tus himnos de triunfo y recoge las alas!

.....

Unos meses después, él dormía
bajo de una lápida
el último sueño de que nadie vuelve
el último sueño de paz y de calma.

.....

Anoche, una fiesta
con su grato bullicio animaba
de ese amor el tranquilo escenario.
¡Oh burbujas del rubio champaña!
¡Oh perfume de flores abiertas!
¡Oh girar de desnudas espaldas!
¡Oh cadencias del valse que mueve
torbellinos de tules y gasas!
Allí estuvo, más linda que nunca,
por el baile tal vez agitada
se apoyó levemente en mi brazo,
dejamos las salas
y un instante después penetramos
en la misma estancia

que un año antes no más la había visto
temblando callada,
¡cerca de él!...

... Amorosos recuerdos,
tristezas lejanas,
cariñosas memorias que vibran,
como sonos de arpa,
tristezas profundas
del amor, que en sollozos estallan,
presión de sus manos,
son de sus palabras,
calor de sus besos,
¿por qué no volvisteis a su alma?...

.....

A su pecho no vino un suspiro,
a sus ojos no vino una lágrima
ni una nube nubló aquella frente
pensativa y pálida,
y mirando los rayos de luna
que al través de la reja llegaban,
murmuró con su voz donde vibran,
como notas y cantos y músicas de campanas vibrantes de plata:

¡Qué vals tan lindos!

¡Qué noche tan clara!

▪ MUERTOS

En los húmedos bosques, en otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas,
vuelan sobre los musgos y las ramas
en torbellinos, las marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el verano muerto
y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas
que obligan a evocar tiempos mejores,

y ramilletes negros y marchitos,
que son como cadáveres de flores
y tienen un olor triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

Y en las almas amantes cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras
que de la soledad de ignotos días
no vendrán a endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha,
acaba de matar a los heridos,
vago como el color del bosque mustio
como el olor de los perfumes idos,
¡y el cansancio aquel es triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe !

▪ TRISTE

Cuando al quererlo la suerte
se mezclan a nuestras vidas,
de la ausencia o de la muerte,
las penas desconocidas,

y, envueltos en el misterio
van, con rapidez que asombra,
amigos al cementerio,
ilusiones a la sombra,

la intensa voz de ternura
que vibra en el alma amante
como entre la noche oscura
una campana distante,

saca recuerdos perdidos
de angustias y desengaños
que tienen ocultos nidos
en las ruinas de los años.

Y que al cruzar aleteando
por el espacio sombrío
van en el ser derramando
sueños de angustia y de frío,

hasta que alguna lejana
idea consoladora,
que irradia en el alma humana
como con lumbre de aurora,

en su lenguaje difuso
entabla con nuestros duelos
el gran diálogo confuso
de las tumbas y los cielos.

▪ PSICOPATÍA

El parque se despierta, ríe y canta
en la frescura matinal... La niebla
sonde saltan aéreos surtidores,
de arco iris se puebla
y en luminosos velos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores,
suenan en las ramas verdes el pío, pío,
de los alados huéspedes cantores,
brilla en el césped húmedo el rocío...
¡Azul el cielo! ¡Azul!... Y la süave
brisa que pasa, dice:
¡Reid! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta!
¡Es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
con voz grave lo mismo dice el viento,
y por entre el sutil encantamiento,
de la mañana sonrosada y fresca,
de la luz, de las yerbas y las flores,
pálido, descuidado, soñoliento,

sin tener en la boca una sonrisa,
y de negro vestido
un filósofo joven se pasea,
olvida luz y olor primaverales,
e impertérrito sigue en su tarea
¡de pensar en la muerte, en la conciencia
y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,
dándole al aire el aromado aliento
de las rosadas flores,
lo llaman unos pájaros, del nido
do cantan sus amores,
y los cantos risueños
van por entre el follaje estremecido,
a suscitar voluptuosos sueños,
y él sigue su camino, triste, serio,
pensando en Fichte, en Kant, en Vogt, en Hegel,
¡y del yo complicado en el misterio!

La chicuela del médico que pasa,
una rubia adorable, cuyos ojos
arden como una brasa,
abre los labios húmedos y rojos
y le pregunta al padre, enternecida...
—¿Aquel señor, papá, de qué está enfermo,
qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va a casa a verle a usted, me duermo,
tan silencioso y triste... ¿Qué mal sufre?...
... Una sonrisa el profesor contiene,

mira luego una flor, color de azufre,
oye el canto de un pájaro que viene,
y comienza de pronto, con descaro...
—¡Ese señor padece un mal muy raro,
que ataca rara vez a las mujeres
y pocas a los hombres..., hija mía!
Sufre este mal...: *pensar*..., esa es la causa
de su grave y sutil melancolía...
El profesor después hace una pausa
y sigue... —En las edades
de bárbaras naciones,
serias autoridades
curaban ese mal dando cicuta,
encerrando al enfermo en las prisiones
o quemándolo vivo... ¡Buen remedio!
Curación decisiva y absoluta
que cortaba de lleno la disputa
y sanaba al paciente... mira el medio...
la profilaxia, en fin... Antes, ahora
el mal reviste tantas formas graves,
la invasión se dilata aterradora
y no lo curan polvos ni jarabes;
en vez de prevenirlo los Gobiernos
lo riegan y estimulan,
tomos gruesos, revistas y cuadernos
revuelan y circulan
y dispersan el germen homicida...
El mal, gracias a Dios, no es contagioso
y lo adquieren muy pocos: en mi vida,

sólo he curado a dos... Les dije:

«Mozo,

váyase usted a trabajar, de lleno,
en una fragua negra y encendida
o en un bosque espesísimo y sereno;
machaque hierro hasta arrancarle chispas,
o tumbe viejos troncos seculares
y logre que lo piquen las avispas,
si lo prefiere usted, cruce los mares
de grumete en un buque, duerma, coma
muévase, grite, forcejee y sude,
mire la tempestad cuando se asoma,
y los cables de popa ate y anude,
¡hasta hacerse diez callos en las manos
y limpiarse de ideas el cerebro!...
Ellos lo hicieron y volvieron sanos...».
«Estoy tan bien, doctor...». —¡Pues lo celebro!
Pero el joven aquel es caso grave,
como conozco pocos,
más que cuantos nacieron piensa y sabe,
irá a pasar diez años con los locos,
y no se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
¡entre un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca!

▪ DON JUAN DE COVADONGA

Don Juan de Covadonga, un calavera,
sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano,
Hernando el mayor, era,
después de haber llevado airada vida
prior de cierto convento en Talavera,
don Juan, el poderoso, el cortesano,
grande de España, seductor de oficio,
el hombre en cuya mano
tuvo grandeza excepcional el vicio,
después de amar, de odiar, de lograr todo,
cuanto es posible e imposible, un día
sintió el cansancio de la vida, el lodo
de cuantos goces le ofreció la suerte,
se mezcló a su tenaz melancolía
el ansia de consuelos superiores;
pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte,
pensó en la Eternidad y desprendido
del lujo, del amor, de los honores,
escribió a la Duquesa de Vilorte

diciéndole un adiós, definitivo,
arregló todo, abandonó la Corte,
y sin un escudero, al paso vivo
de su yegua andaluza, macilento,
huyendo del pecado, fugitivo,
por ignorada vía
llegó a la portería
silenciosa y oscura del convento.

—¿Nuestro padre Prior?... preguntó al lego.
—En oración, hermano.

—¡Por la vida!
¿Lo llamará vuesamerced?... —Ahora,
es imposible, hermano... Vuelva luego,
es imposible ahora... Éxtasis santo
cuando reza lo embarga. —Mas le ruego,
yo estoy aquí perdiéndome, entre tanto,
siento la angustia del infierno, el fuego...
—Sírvase entrar al locutorio... —Vanos
placeres, del Señor sonó la hora,
don Juan dijo, al entrar, ¡mundo, hasta luego!
Y por fin se encontraron los hermanos...
Don Juan, perdido en crápulas y excesos,
temblándole las manos,
con aire de un pobre arrepentido
y la boca marchita por los besos,
y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos,
el fuego juvenil, siempre encendido,
y süaves y rojos

los labios por las santas oraciones
y el olvido del mundo y sus pasiones.

—¿Orando tú ?..., le dijo,
don Juan, con voz monótona y cansada,
lejos de todo, en la quietud suprema
de la vida del claustro... cuando fijo,
temblando, una mirada
en el abismo actual de mi miseria,
sueño también en el retiro... —¿Cómo,
interrumpió el Prior, la cosa es seria?
¿Te arruinaste por fin? La de Vilorte,
la archiduquesa de cabellos rubios...
la dama más airosa de la Corte,
la rival de la reina en el donaire...
Aún de sus besos guardas los efluvios...
¿Qué pasa por allá?... ¡Si traes un aire!
Oye, Juan, mira, hermano... Aquí en la triste
vida conventual, todo reviste
un aspecto satánico, mis horas
tienen angustias indecibles, mira,
un enjambre de formas tentadoras,
entre mi celda, por la noche, gira,
y huye... De la oración con los empeños
lo disipo por fin... Ansío el oro,
suenan choques de armas en mis sueños,
flota un olor de besos en el coro,
y es mi vida una lucha prolongada
de rudos sacrificios,

en que domo la carne alborotada,
con ayunos y rezos y cilicios...
Y yo llegué al convento... ¡Pobre loco!
Triste y arrepentido,
soñando en fin en descansar un poco,
y en ansiedades místicas perdido...
Pero, dime, ¿a qué vienes?...

—Yo por verte,
dijo don Juan, por verte, a toda prisa,
y por darte noticia de la muerte
de don Sancho de Téllez, ¡tú, mi santo
por su eterno descanso, di una misa!

¡Y al salir por el negro camposanto,
en que el convento oscuro se prolonga,
ansiando la quietud de los que fueron,
por la primera vez se humedecieron
los ojos de don Juan de Covadonga!

▪ DÍA DE DIFUNTOS

La luz vaga... opaco el día,
la llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se
[recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oír en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas,
¡las campanas plañideras que les hablan a los vivos
de los muertos!

Y hay algo angustioso e incierto
que mezcla a ese sonido su sonido,
¡e inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto,

por todos los que han sido!
Es la voz de una campana,
que va marcando la hora,
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora,
una campana se queja,
y la otra campana llora,
esa tiene voz de vieja,
esta de niña que ora.

Las campanas más grandes, que dan un doble recio
suenan con acento de místico desprecio,
mas la campana que da la hora,
ríe, no llora.

Tiene en su timbre seco sutiles ironías,
su voz parece que habla de goces, de alegrías,
de placeres, de citas, de fiestas y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días,
es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe,
escéptica y burladora,
de la campana que ruega
de la campana que implora
y de cuanto aquel coro conmemora,
y es porque con su retintín
ella midió el dolor humano
y marcó del dolor el fin;
por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre son,
por eso interrumpe los tristes conciertos

con que el bronce santo llora por los muertos...
¡No la oigáis, oh bronces!, no la oigáis, campanas,
que con la voz grave de ese clamoreo,
rogáis por los seres que duermen ahora
¡lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas!
¡Seguid en el aire vuestro bamboleo,
no la oigáis, campanas!
¿Contra lo imposible qué puede el deseo?
Allá arriba suena,
rítmica y serena,
esa voz de oro
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reló
suena, suena, suena ahora
y dice que ella marcó
con su vibración sonora
de los olvidos la hora,
que después de la velada,
que pasó cada difunto,
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios,
que después de la tristura,
de los gritos de dolor,

de las frases de amargura,
del llanto desgarrador,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento
seis meses más tarde o diez...
Y hoy, día de muertos, ahora que flota,
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae, gota a gota,
y con sus tristezas los nervios embota,
y envuelve en un manto la ciudad sombría,
ella que ha medido la hora y el día
en que a cada casa, lúgubre y vacía
tras del luto breve volvió la alegría;
ella que ha marcado la hora del baile
en que al año justo, un vestido aéreo,
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola, en el cementerio
suenan indiferente a la voz de fraile
del esquilón grave y a su canto serio;
ella que ha medido la hora precisa,
en que a cada boca, que el dolor sellaba,
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada,
ella que ha marcado la hora en que el viudo
habló de suicidio y pidió el arsénico
cuando aun en la alcoba, recién perfumada,
flotaba el aroma del ácido fénico

y ha marcado luego la hora en que, mudo
por las emociones con que el goce agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo,
a la misma iglesia fue con otra novia,
ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocosario
y sigue marcando con el mismo modo
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire,
¡la huida del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso y lo incierto,
que flota en el sonido
esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto.
¡Por todos los que han sido!
Esa es la voz fina y sutil,
de vibraciones de cristal,
que con acento juvenil
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil
que la sublime o la fatal,
y resuena en las alturas,
melancólicas y oscuras
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro,
con que ruegan las campanas, las campanas,

¡las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos!

▪ LAS VOCES SILENCIOSAS

(De Lord Tenyson)

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
 Cuando la hora muda
 y vestida de fúnebres crespones,
 desfile haga ante mis turbios ojos
 sus fantasmas inciertos,
 sus pálidas visiones...

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
 En la hora que aterra
 no me llaméis hacia el pasado oscuro,
 donde el camino de la vida cruza
 los valles de la tierra.

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
 Llamadme hacia la altura
 donde el camino de los astros corta
 la gélida negrura;
 hacia la playa donde el alma arriba,
 llamadme entonces, voces silenciosas,
 ¡hacia arriba!... ¡hacia arriba!...



GOTAS AMARGAS

▪ AVANT-PROPOS

Prescriben los facultativos
cuando el estómago se estraga,
al paciente, pobre dispéptico,
dieta sin grasas.

Le prohíben las cosas dulces,
le aconsejan la carne asada
y le hacen tomar como tónico
gotas amargas.

Pobre estómago literario
que lo trivial fatiga y cansa,
no sigas leyendo poemas
llenos de lágrimas.

Deja las comidas que llenan,
historias, leyendas y dramas
y todas las sensiblerías
semirománticas.

Y para completar el régimen
que fortifica y que levanta,
ensaya una dosis de estas
gotas amargas.

▪ EL MAL DEL SIGLO

El paciente:

Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

El médico:

—Eso es cuestión de régimen: camine
de mañanita; duerma largo, báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho,
¡lo que usted tiene es hambre!...

▪ LA RESPUESTA DE LA TIERRA

Era un poeta lírico, grandioso y sibilino
que le hablaba a la tierra una tarde de invierno,
frente a una posada y al volver de un camino:
—¡Oh madre, oh Tierra! —díjole—, en tu girar eterno
nuestra existencia efímera tal parece que ignoras.
Nosotros esperamos un cielo o un infierno,
sufrimos o gozamos en nuestras breves horas,
e indiferente y muda tú, madre sin entrañas,
de acuerdo con los hombres no sufres y no lloras.
¿No sabes el secreto misterioso que entrañas?
¿Por qué las noches negras, las diáfanas auroras?
Las sombras vagarosas y tenues de unas cañas
que se reflejan lívidas en los estanques yertos,
¿no son como conciencias fantásticas y extrañas
que les copian sus vidas en espejos inciertos?
¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí vinimos?
¿Conocen los secretos del más allá los muertos?
¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?
¿Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?

¿Por qué nacemos, madre, dime, por qué morimos?
¿Por qué? —Mi angustia sacia y a mi ansiedad contesta.
Yo, sacerdote tuyo, arrodillado y trémulo,
en estas soledades aguardo la respuesta.

La Tierra, como siempre, displicente y callada,
al gran poeta lírico no le contestó nada.

▪ LENTES AJENOS

Al través de los libros amó siempre
mi amigo Juan de Dios,
y tengo presunciones de que nunca
supo lo que es amor.

Apenas le apuntaba el bozo, cuando
muy dado a Lamartine
hizo de Rafael, con una Julia
que se encontró en Choachí.

Tras de muy largo estudio obtuvo luego
título de Doctor;
de Dumas, *La dama de las Camelias*
una noche leyó,

y creyéndola cierta como un texto
de Dujardin-Beaumetz,
fue el Armando Duval de una asquerosa
Margarita Gautier.

Después estando en Tunja, como médico
del hospital mayor,
dio en soñar con amores que ofrecían
menos complicación.

De Gustavo Flaubert prestóle un tomo
Antonio José Ruiz,
y fue el Rodolfo Boulanger de una
Madama Bovary.

Pasada aquella crisis formidable
con Ana se casó;
siguieron cuatro meses de ternuras
a lo Gustavo Droz.

Todo hubiera marchado a maravillas
en esa unión feliz,
sin la influencia fatal de una novela
que le dañó el magín.

Leyó de Emilio Zola un solo tomo
y se creyó Muffat
de Aniceta Contreras que era entonces
una semi-Naná.

Y así pasó la vida entre los sueños
y llegó de ella al fin
dejando tres chicuelos y una esposa
que fue muy infeliz.

.....

Al través de los libros amó siempre
mi amigo Juan de Dios,
y tengo presunciones de que nunca
supo lo que es amor.

▪ CÁPSULAS

El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis
del amor de Aniceta, fue infeliz.
Pasó tres meses de amarguras graves,
y, tras lento sufrir,
se curó con copaiba y con las cápsulas
de Sándalo Midy.

Enamorado luego de la histérica Luisa,
rubia sentimental,
se enflaqueció, se fue poniendo tísico
y al año y medio o más
se curó con bromuro y con las cápsulas
de éter de Clertán.

Luego, desencantado de la vida,
filósofo sutil,
a Leopardi leyó, y a Shopenhauer
y en un rato de *spleen*,
se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil.

▪ MADRIGAL

Tu tez rosada y pura; tus formas gráciles
de estatua de Tanagra; tu olor de lilas;
el carmín de tu boca de labios tersos;
las miradas ardientes de tus pupilas;
el ritmo de tu paso; tu voz velada;
tus cabellos que suelen, si los despeina
tu mano blanca y fina, toda hoyuelada,
cubrirte con un rico manto de reina;
tu voz, tus ademanes, tú... no te asombre:
todo eso está, ya a gritos, pidiendo un hombre.

▪ ENFERMEDADES DE LA NIÑEZ

A una boca vendida,
a una infame boca,
cuando sintió el impulso que en la vida
a locuras supremas nos provoca,
dio el primer beso, hambriento de ternura
en los labios sin fuerza, sin frescura.
No fue como Romeo al besar a Julieta;
el cuerpo que estrechó cuando el deseo
ardiente agujoneó su carne inquieta,
fue el cuerpo vil de vieja cortesana,
Juana incansable de la tropa humana.
Y el éxtasis divino que soñó con delicia
lo dejó melancólico y mohíno
al terminar la lúbrica caricia.
Del amor no sintió la intensa magia
y consiguió... una buena blenorragia.

▪ PSICOTERAPÉUTICA

Si quieres vivir muchos años
y gozar de salud cabal,
ten desde niño desengaños,
practica el bien, espera el mal.

Desechando las convenciones
de nuestra vida artificial,
lleva por regla en tus acciones
esta norma: ¡lo natural!

De los filósofos etéreos
huye la enseñanza teatral,
y aplícate buenos cauterios
en el chancro sentimental.

▪ FUTURA

Es en el siglo veinticuatro,
en una plaza de Fráncfort
por donde cruza el tren más rápido
de Liverpool para Cantón.
La multitud que se aglomera
de un pedestal alrededor
forma un murmullo que semeja
el del mar en agitación.
Suena la música de Wagner
y el estampido del cañón
y entre los hurras populares
sube a su puesto el orador.
Es el alcalde, Karl Hamstaengel,
el que preside la reunión
y en el silencio que se agranda
dice con monótona voz:
«¡Ciudadanos! ¡Compatriotas!
¡Salud!, honrad al fundador
de la más grande de las obras

de nuestra santa religión.
Eterna gloria a su divisa,
eterna gloria al redentor
que con su ejemplo y sus palabras
el idealismo desterró.
Salud al genio sobrehumano
cuyo evangelio derramó
de este planeta por los ámbitos
la postrera revelación.
¡Paz y salud a los creyentes!
¿Cuál de nosotros lo invocó
sin sentir instantáneamente
mejorarse la digestión?
¿Cuál en sus heroicos ensueños
de entusiasmo y de valor
al inspirarse en sus ejemplos
no vencerá la tentación?
Ha cuatro siglos que los hombres
lo proclaman único Dios;
su imagen ved, su noble imagen,
su imagen ved»...

Un gran telón
se va corriendo poco a poco
del pedestal alrededor,
y la estatua de Sancho Panza
ventripotente y bonachón,
perfila el contorno de bronce
sobre el cielo ya sin color...

Cuando de pronto estalla un grito,
un grito inmenso, atronador,
de quince mil quinientas bocas
como de una sola voz,
que ladra: «¡Abajo los fanáticos!
¡Abajo el culto! ¡Abajo Dios!». Es un mitin de nihilistas,
y en una súbita explosión
de picrato de melinita
vuelan estatua y orador.

▪ ZOOSPERMOS

El conocido sabio
Cornelius Van Kerinken
que disfrutó en Hamburgo
de una clientela enorme
y que dejó un in-folio
de setecientas páginas
sobre hígado y riñones,
abandonado luego
por todos sus amigos
murió en Leipzig maniático,
desprestigiado y pobre,
debido a sus estudios
de los últimos años
sobre espermatozoides.

Frente de un microscopio
que le costó un sentido,
obra maestra y única
de un óptico de Londres;

la vista recogida,
temblándole las manos,
ansioso, fijo, inmóvil
reconcentrado y torvo,
como un fantasma pálido
a media voz decía:
«¡Oh! mira cómo corren
y bullen y se mueven
y luchan y se agitan
los espermatozoides:

«¡Mira! si no estuviera
perdido para siempre;
si huyendo por caminos
que todos no conocen
hubiera al fin logrado
tras múltiples esfuerzos
el convertirse en hombre,
corriéndole los años
hubiera sido un Werther
y tras de mil angustias
y gestas y pasiones
se hubiera suicidado
con un Smith y Wesson
ese espermatozoide.

«Aquel de más arriba
que vibra a dos milímetros
del Werther suprimido,

del vidrio junto al borde,
hubiera sido un héroe
de nuestras grandes guerras.
Alguna estatua en bronce
hubiera recordado,
cual vencedor intrépido
y conductor insigne
de tropas y cañones,
y general en Jefe
de todos los ejércitos,
a ese espermatozoide.

«Aquel hubiera sido
la Gretchen de algún Fausto;
ese de más arriba
un heredero noble
dueño a los veintiún años
de algún millón de thalers
y un título de conde;
aquel, un usurero;
el otro, el pequeñísimo,
algún poeta lírico;
y el otro, aquel enorme,
un profesor científico
que hubiera escrito un libro
sobre espermatozoides.

«Afortunadamente
perdidos para siempre

os agitáis ahora
¡oh puntos que sois hombres!
entre los vidrios gruesos
traslúcidos y diáfanos
del microscopio enorme;
afortunadamente,
zoospermos, en la tierra
no creceréis poblándola
de dichas y de horrores
dentro de diez minutos
todos estaréis muertos,
¡hola!, espermatozoides».

Así el ilustre sabio
Cornelius Van Kerinken
que disfrutó en Hamburgo
de una clientela enorme
y que dejó un in-folio
de setecientas páginas
sobre hígado y riñones,
murió en Leipzig, maniático,
desprestigiado y pobre,
debido a sus estudios
de los últimos años
sobre espermatozoides.

▪ FILOSOFÍAS

De placeres carnales el abuso,
de caricias y besos,
goza, y ama con toda tu alma, iluso;
agótate en excesos.

Y si de la avariosis te librara
la sabia profilaxia,
al llegar los cuarenta, irás sintiendo
un principio de ataxia.

De la copa que guarda los olvidos
bebe el néctar que agota:
perderás el magín y los sentidos
con la última gota.

Trabaja sin cesar, batalla, suda,
vende vida por oro:
conseguirás una dispepsia aguda
mucho antes que un tesoro.

Y tendrás ¡oh placer! de la pesada
digestión en el lance,
ante la vista ansiosa y fatigada
las cifras de un balance.

Al arte sacrificate: ¡combina,
pule, esculpe, extrema!
¡Lucha, y en la labor que te asesina,
—lienzo, bronce o poema—

pon tu esencia, tus nervios, tu alma toda!
¡Terrible empresa vana!,
pues que tu obra no estará a la moda
de pasado mañana.

No: sé creyente, fiel, toma otro giro
y la razón prosterna
a los pies del absurdo ¡compra un giro
contra la vida eterna!

Págalo con tus goces; la fe aviva;
ora, medita, impetra;
y al morir pensarás: ¿Y si allá arriba
no me cubren la letra?

Mas si acaso el orgullo se resiste
a tanta abdicación,
si la fe ciega te parece triste,
confía en la razón.

Desprecia los placeres y, severo,
a la filosofía,
loco por encontrar lo verdadero,
consagra noche y día.

Compara religiones y sistemas
de la Biblia a Stuart Mill,
desde los escolásticos problemas
hasta lo más sutil.

De Spencer y de Wundt, y consagrado
a sondear ese abismo
lograrás este hermoso resultado:
no creer ni en ti mismo.

No pienses en la paz desconocida.
¡Mira! al fin, lo mejor
en el tumulto inmenso de la vida,
es la faz interior.

Deja el estudio y los placeres; deja
la estéril lucha vana,
y, como Çakia-Muni lo aconseja
húndete en el Nirvana.

Excita del vivir los desengaños
y en soledad contigo
como un yogui senil pasa los años
mirándote el ombligo.

De la vida del siglo ponte aparte;
del placer y el amigo,
escoge para ti la mejor parte
y métete contigo.

Y cuando llegues en postrera hora
a la última morada
sentirás una angustia matadora
de no haber hecho nada...

▪ IDILIO

—Ella lo idolatró y Él la adoraba...

—¿Se casaron al fin?

—No, señor, Ella se casó con otro.

—¿Y murió de sufrir?

—No, señor, de un aborto.

—¿Y Él, el pobre, puso a su vida fin?

—No, señor, se casó seis meses antes del matrimonio de Ella, y es feliz.

▪ ÉGALITÉ...

Juan Lanas, el mozo de esquina,
es absolutamente igual
al Emperador de la China:
los dos son el mismo animal.
Juan Lanas cubre su pelaje
con nuestra manta nacional;
el gran magnate lleva un traje
de seda verde excepcional.
Del uno cuidan cien dragones
de porcelana y de cristal;
Juan Lanas carga maldiciones
y gruesos fardos por un real,
pero si alguna mandarina
siguiendo el instinto sexual
al Emperador se avecina
en el traje tradicional
que tenía nuestra madre Eva
en aquella tarde fatal
en que se comieron la breva

del árbol del Bien y del Mal,
y si al mismo Juan una Juana
se entrega por modo brutal
y palpita la bestia humana
en un solo espasmo sexual,
Juan Lanás, el mozo de esquina,
es absolutamente igual
al Emperador de la China:
los dos son el mismo animal.

▪ RESURREXIT

Para qué arrepentirnos, si es bastante
a purgar nuestro mísero pecado
el doliente recuerdo de un pasado
cada vez más cercano y más distante;

si no hemos de encontrar más adelante
todo lo que nos hubo conturbado,
ni las bocas que ya nos han besado
ni el loco amor ni la caricia amante,

ríe y no te arrepientas, que mañana
nuestras dos almas solas irán juntas
a explorar los misterios del Nirvana...

Mientras que Magdalena, la divina,
entre el coro de vírgenes difuntas
hace un triste papel de celestina.

▪ NECEDAD YANQUI

En Nueva York. Cenando con William W. Breakhart, comisionista yanqui de fortuna notoria, y que, según los cálculos de gente respetable, no baja de 350,000 dollars, le oí decir las frases siguientes, que atribuyo a embriaguez producida por quince o veinte copas: «¿Amigos suyos? Perfectly. Yo nunca tiene amigos. ¿Usted cree en esto? Ensayo. Está usted en Europa, préstales por servicio your francs if you are in Paris your pounds if you are in London if in Spain your onzas well... il amigo suyo es muy agradecido; usted, es very pleased... Entonces il es desagradado I don't pay a usted nada... y no es su amigo ahora o bien él paga todo... and that's is very silly yo no es su buen amigo y dice usted le roba...». Yo he atribuido siempre aquel discurso estúpido a embriaguez producida por quince o veinte copas.



OTROS POEMAS

▪ SUSPIRO

a A. de W.

Si en tus recuerdos ves algún día
entre la niebla de lo pasado
surgir la triste memoria mía
medio borrada ya por los años,
piensa que fuiste siempre mi anhelo
y si el recuerdo de amor tan santo
mueve tu pecho; nubla tu cielo,
llena de lágrimas tus ojos garzos;
¡ah! no me busques aquí en la tierra
donde he vivido, donde he luchado,
¡sino en el reino de los sepulcros
donde se encuentran paz y descanso!

▪ SUB-UMBRA

a A. de W.

Tú no lo sabes... mas yo he soñado
entre mis sueños color de armiño,
horas de dicha con tus amores
besos ardientes, quedos suspiros
cuando la tarde tiñe de oro
esos espacios que juntos vimos.
cuando mi alma su vuelo emprende
a las regiones de lo infinito.
Aunque me olvides, aunque no me ames
¡aunque me odies, sueño contigo!

▪ LAS NOCHES DEL HOGAR

*Amo las dichas del hogar sencillo
apetezco su plácido cariño
yo quiero que descanse en mis rodillas
la rubia cabecita de algún niño.*

GUTIÉRREZ NÁJERA

Regresar fatigado del trabajo
de la diaria faena
e ir a mirarse en lo hondo retratado
de sus pupilas negras
cerca del rico piano —mientras vaga
sobre las blancas teclas
su mano de marfil— soñar despierto
felicidad eterna.

A la luz de la lámpara brillante
ver las rubias cabezas
de los risueños niños —de infantiles
ilusiones llenos.

La mirada tender sobre la cuna
que cual flor entreabierta
entre sus hojas perfumadas guarda
¡una existencia nueva!

¡Oh cuadro del hogar! oh perspectiva
cariñosa y risueña,
cuando en el paso por el falso mundo
ancha herida sangrienta,
el desengaño abrió, cuando sentimos
caer mustias y secas
de la primera juventud las rosas,
qué mortal no desea
dejar en tu silencio venturoso
deslizar la existencia
y guardar lo divino y delicado
que el alma herida encierra
en tu seno feliz —como la concha
lejos de las tormentas
¡guarda en el fondo del movable océano
las nacaradas perlas!

▪ ESTRELLAS FIJAS

Cuando ya de la vida
el alma tenga, con el cuerpo, rota,
y duerma en el sepulcro
esa noche, más larga que las otras,

mis ojos, que en recuerdo
del infinito eterno de las cosas,
guardaron sólo, como de un ensueño,
la tibia luz de tus miradas hondas,

al ir descomponiéndose
entre la oscura fosa,
verán, en lo ignorado de la muerte,
tus ojos... destacándose en las sombras.

▪ LA CALAVERA

En el derruido muro
de la huerta del convento,
en un agujero oscuro
donde, al pasar, silba el viento,

y, como una dolorida
queja a las piedras arranca,
hay, en el fondo, escondida
una calavera blanca.

De algún fraile soñador
de vida ejemplar y bella
y dedicada al Señor,
en el mundo única huella.

Abre los ojos, sin fondo,
como a visiones extrañas,
y del vacío en lo hondo
forjan telas las arañas.

Húmedo musgo grisoso
recubre la antigua grieta,
donde, en supremo reposo,
descansa ignorada y quieta.

Pero hasta a aquella escondida
mansión la brisa ligera
lleva murmullos de vida
y olores de primavera.

Golondrinas, que en sus marchas
dejaron el patrio río,
huyendo de las escarchas,
de las brumas y del frío,

cuando la luz del Poniente
filtra por el hondo hueco
y hace parecer viviente
el cráneo rígido y seco,

desde las negras ruínas,
alzan sosegado vuelo,
en sus vueltas peregrinas
tocan las ramas y el suelo,

como buscando en el prado,
ya por la tarde, sombrío,
el espíritu elevado
que habitó el cráneo vacío.

▪ NOCTURNO

Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
 a quien los más audaces, en locos devaneos
 jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
 y en cuyos dulces labios —abiertos sólo al rezo—
 jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
 si entrevieras en sueños a aquel con quien tú sueñas
 tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca
 besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
 y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñarás de placer en sus brazos,
 por aquel de quien eres todas las alegrías,
 ¡oh dulce niña pálida!, di, ¿te resistirías?...

▪ A UN PESIMISTA

Hay demasiada sombra en tus visiones,
algo tiene de plácido la vida,
no todo en la existencia es una herida
donde brote la sangre a borbotones.

La lucha tiene sombra, y las pasiones
agonizantes, la ternura huída,
todo lo amado que al pasar se olvida
es fuente de angustiosas decepciones.

Pero, ¿por qué dudar, si aún ofrecen
en el remoto porvenir oscuro
calmas hondas y vívidos cariños

la ternura profunda, el beso puro
y manos de mujer, que amantes mecen
las cunas sonrosadas de los niños?

■ . . . ? . . .

¿Por qué de los cálidos besos,
de las dulces idolatradas
en noches jamás olvidadas
nos matan los locos excesos?

¿Son sabios los místicos rezos
y las humildes madrugadas
en celdas tan sólo adornadas
con una cruz y cuatro huesos?

¡No, soñadores de infinito!
De la carne el supremo grito
hondas vibraciones encierra;

dejadla gozar de la vida
antes de caer, corrompida,
en las negruras de la tierra.

▪ FUTURO

A Rafael Pombo

Poeta, puedes hoy, tal vez cansado
no encontrar en tu mente vibradora
la inspiración robusta del pasado.
Tu estrofa tuvo luz y olor de aurora...
Hoy en lugar del canto donde vibra
el secreto más íntimo del alma,
con perezosa lentitud cincelas
de tus modelos por la vieja norma,
las difíciles frases, y persigues
las mezquinas audacias de la forma.
Y porque tu profunda poesía,
antes raudal de selva americana
es hilo débil de agua, que si brota
se evapora al calor del mediodía
y se pierde infecunda, gota a gota,
¿no ves ahora que la turba impía
que al oírte cantar en tu mañana
de tu loco entusiasmo hiciera alarde,
hoy escarnece con su risa vana
la soledad oscura de la tarde?...

Y bien ¡qué importa! Puedes, en lo denso
de tu otoñal crepúsculo sombrío,
perfumar tus poemas con incienso
y al marchar, como un ciego, hacia el futuro
sin amor, en la sombra que desmaya,
oyendo risas que el pasado evoquen
puedes morir. ¡Qué importa!... Mientras haya
almas que sueñen, labios que provoquen,
noches de duda, claras primaveras,
vírgenes muertas en el lecho frío
y sombras en las viejas catedrales,
olvidados tus místicos acentos,
vivirán tus estrofas magistrales
y tu memoria vivirá con ellas,
como entre las negruras del vacío
la lumbre sideral de las estrellas.

▪ SINFONÍA COLOR DE FRESA CON LECHE

A los colibríes decadentes

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosa, de mirra y laca
y polícromos cromos de tonos mil
oye los constelados versos mirrinos,
escúchame esta historia Rubendariaca,
de la Princesa verde y el paje Abril,
Rubio y sutil.

El bizantino esmalte do irisa el rayo
las purpuradas gemas; que enflora junio
si Helios recorre el cielo de azul edén,
es liblial albura que esboza mayo
en una noche diáfana de plenilunio
cuando las crisodinas nieblas se ven
¡A tutiplen!

En las vívidas márgenes que espuma el Cauca
áureo pico, ala ebúrnea, currucuquea

de sedeñas verduras bajo el dosel
do las perladas ondas se esfuma glauca
¿es paloma, es estrella o azul idea?...
Labra el emblema heráldico de áureo broquel
Róseo rondel.

Vibran sagradas liras que ensueña Psiquis
son argentados cisnes hadas y gnomos
y edenales olores, lirio y jazmín
y vuelan entelechias y tiquismiquis
de corales, tritones, memos y momos
del horizonte lírico nieve y carmín
Hasta el confín.

Liliales manos vírgenes al son aplauden
y se englaucan los líquidos y cabrillean
con medievales himnos al abedul,
desde arriba Orión, Venus, que Secchis lauden
miran como pupilas que cintillean
por los abismos húmedos del negro tul
Del cielo azul.

Tras de las cordilleras sombras, la blanca
Selene, entre las nubes ópalo y tetras
surge como argentífero tulipán
y por entre lo negro que se espernanca
huyen los bizantinos de nuestras letras
hasta el Babel Bizancio, do llegarán
Con grande afán.

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosa, de mirra y laca
y polícromos cromos de tonos mil,
estos son los caóticos versos mirrinos
esta es la descendencia, Rubendariaca,
de la Princesa verde y el paje Abril,
¡Rubio y sutil!

BENJAMÍN BIBELOT RAMÍREZ

▪ CONVENIO

¿Vas a cantar tristezas? dijo la Musa,
entonces yo me vuelvo para allá arriba,
descansar quiero ahora de tantas lágrimas;
hoy he llorado tanto que estoy rendida.
Iré contigo un rato, pero si quieres
que nos vayamos solos a la campiña
a mirar los espacios por entre ramas
y a oír qué cosas nuevas cantan las brisas.
Me hablan tanto de penas y de cipreses
que se han ido muy lejos mis alegrías,
quiero coger miosotys en las riberas:
si me das mariposas te daré rimas.
Forjaremos estrofas cuando la tarde
llene el valle de vagas melancolías;
yo sé de varios sitios llenos de helechos
y de musgos verdosos donde hay poesía;
pero tú me prometes no conversarme
de horrores y de dudas, de rotas liras,
de tristezas sin causa y de cansancios

y de odio a la existencia y hojas marchitas...
Sí, vámonos al campo, donde la savia,
como el poder de un beso, bulle y palpita;
a buscar nidos llenos en los zarzales:
¡si me das mariposas te daré rimas!

Cuando hagas una estrofa, hazla tan rara
que sirva luego al porvenir de ejemplo,
con perfiles de mármol de Carrara,
y solideces de frontón de templo.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACION